

Materia

Iain M. Banks

Traducción:
Marta García Martínez



Libros publicados de Iain M.Banks

LA CULTURA:

1. Excesión
2. Inversiones
3. Pensad en Flebas
4. El jugador
5. A barlovento
6. El uso de las armas
7. Materia

Otras novelas:

1. El Artefakto
2. Contra la oscuridad
3. El algebrista

Próximamente:

The State of the Art

Título original: *Matter*

Primera edición

© Iain M. Banks, 2008

Ilustración de cubierta: Debra Lill

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-590-5 Depósito legal: B-6191-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Adèle

Muchas gracias a todos los que me ayudaron: Adèle, Les, Mic, Simon, Tim, Roger, Gary, Lara y Dave le Taxi

Índice

Prólogo	11
El expedicionario	17
1 La fábrica	19
2 El palacio	28
3 El templete	41
4 En tránsito	51
5 La plataforma	63
6 La erudicía	82
7 La recepción	95
8 La torre	107
9 El hombre de un solo dedo	124
Profundidad de campo	129
10 Una cierta carencia	131
11 Baldío, noche	144
12 Cumuloforma	160
13 <i>No lo intenten en casa</i>	173
14 El juego	188
15 <i>El centésimo idiota</i>	199
16 La sembradora	217
17 Partidas	229
18 La emergencia actual	244
19 Comunicados	267
La integridad de los objetos	275
20 <i>Inspiración, fusión, punto final</i>	277
21 Muchos mundos	293
22 Las Cataratas	304
23 <i>Problema candente</i>	321
24 Vapor, agua, hielo, fuego	329
25 Los niveles	346
26 El sarcófago	370
27 El núcleo	400
Apéndice	425
Epílogo	441

Prólogo

Una brisa ligera producía un sonido seco en unos arbustos cercanos. Levantaba delicados velos de polvo de algunas zonas arenosas cercanas y agitaba un mechón de cabello oscuro en la frente de la mujer sentada en la silla plegable de madera y lona que había encaramado, no del todo nivelada, a un pedazo de roca desnuda cerca del borde de una cumbre baja que se asomaba a los matojos y la arena del desierto. A lo lejos, temblando entre la calima, se veía la línea recta de la carretera. Unos cuantos árboles escuálidos, pocos superaban la altura de dos hombres juntos, marcaban el curso de la polvorienta autopista. Algo más lejos, decenas de kilómetros más allá de la carretera, una línea de montañas oscuras e irregulares rielaban bajo el aire asfixiante.

Para muchos humanos era una mujer alta, delgada y bien tonificada. Tenía el pelo corto, liso y oscuro y la piel era del color de un ágata pálida. No había nadie de su especie concreta a varios miles de años luz a la redonda, aunque si lo hubiera habido, quizás habría dicho que estaba en ese momento concreto de la vida a medio camino entre la juventud y el comienzo de la madurez. Habrían pensado, sin embargo, que era un tanto baja y corpulenta. Iba vestida con un par de pantalones anchos y sueltos y una americana fina y fresca, ambas prendas del mismo tono que la arena. Lucía un amplio sombrero negro que la protegía del sol de últimas horas de la mañana, que surgía como un punto áspero y blanco en lo más alto de aquel cielo sin nubes de color verde pálido. Se llevó un par de prismáticos muy viejos y gastados a los ojos oscuros como la noche y enfocó el punto en el que la carretera del desierto se encontraba con el horizonte en el oeste. Tenía una mesa plegable a la derecha, con un vaso y una botella de agua helada. Debajo de la mesa había una mochila pequeña. Estiró la mano libre y cogió el vaso para tomar unos sorbos de agua sin dejar de mirar por los antiguos gemelos.

—Están como a una hora de distancia —dijo la máquina que flotaba a su izquierda. La máquina parecía una maleta destartalada de metal. Se movió un poco en el aire, rotó y se ladeó como si mirara desde abajo a la mujer sentada—. Y además —continuó—, tampoco vas a ver mucho con esa pieza de museo.

La mujer volvió a dejar el vaso en la mesa y bajó los prismáticos.

—Eran de mi padre —dijo.

—No me digas. —El dron emitió un sonido que podría haber pasado por un suspiro.

A un par de metros de la mujer, una pantalla cobró vida con un parpadeo y llenó la mitad de su campo de visión. Mostraba, desde un punto a unos cien metros por encima y delante de la vanguardia, un ejército de hombres (algunos a caballo, la mayor parte a pie) que marchaba por otra sección de la autopista del desierto, todos levantando un polvo que se iba acumulando en el aire y se alejaba poco a poco hacia el sudeste. El sol se reflejaba en los filos de las lanzas y picas alzadas. Sobre ellos ondeaban estandartes, banderas y gallardetes. El ejército llenaba la carretera a lo largo de un par de kilómetros por detrás de los hombres montados que iban en cabeza. Cerraban la marcha carretas de equipaje, carros cerrados y abiertos, catapultas y trabuquetes con ruedas y una amplia variedad de pesadas máquinas de asedio de madera, todas arrastradas por animales de color oscuro y aspecto poderoso cuyos lomos sudorosos se alzaban por encima de los hombres que caminaban a su lado.

La mujer chasqueó la lengua.

—Quita eso.

—Sí, señora —dijo la máquina. La pantalla se desvaneció.

La mujer volvió a mirar por los prismáticos y en esa ocasión utilizó ambas manos.

—Ya veo el polvo que levantan —anunció—. Y otro par que ha salido en misión de reconocimiento, creo.

—Asombroso —dijo el dron.

La mujer dejó los gemelos en la mesa, se bajó el ala del sombrero hasta los ojos y se acomodó en la silla plegable, se cruzó de brazos y estiró las botas cruzadas por los tobillos.

—Me voy a echar una siestecita —le dijo al dron desde debajo del sombrero—. Despiértame cuando llegue la hora.

—Eso, tú ponte cómoda —le dijo el dron.

—Mmm.

Turminder Xuss (drón de ataque) observó a la mujer, Djan Seriy Anaplian, durante unos minutos, vigiló su respiración, cada vez más lenta, y su estado muscular, que también se iba relajando poco a poco, hasta que se convenció de que estaba dormida de verdad.

—Dulces sueños, princesa —dijo en voz baja. El dron revisó sus palabras de inmediato, pero fue totalmente incapaz de determinar si un observador imparcial habría podido detectar algún rastro de sarcasmo en ellas.

La máquina comprobó la media docena de misiles de reconocimiento y misiles cuchillo secundarios que había desplegado poco antes y utilizó los sensores de las armas para vigilar el avance del todavía lejano ejército que se iba acercando poco a poco, observó también las patrullas pequeñas y los individuos que había enviado el ejército por delante en misión de reconocimiento.

El dron observó durante un rato los movimientos del ejército. Desde cierta perspectiva parecía un único y gran organismo que se iba abriendo camino centíme-

tro a centímetro, como una amenaza por el desierto leonado; algo segmentado, vacilante (había partes que se detenían sin razón aparente durante largos minutos antes de ponerse en marcha otra vez, de modo que parecía arrastrarse en lugar de fluir en masa) pero decidido, resuelto sin duda a avanzar a cualquier precio. Y todos de camino a la guerra, pensó el dron con amargura, dispuestos a conquistar, quemar, saquear, violar y asolar. Con qué hosca diligencia se dedicaban los humanos a la destrucción.

Una media hora más tarde, cuando la cabeza del ejército comenzaba a vislumbrarse entre la calima de la autopista del desierto, a un par de kilómetros al oeste, un único explorador a caballo llegó por la cima de la cresta, directamente hacia donde el dron vigilaba y la mujer dormía. El hombre no parecía haberse percatado del campo de camuflaje que rodeaba su pequeño campamento, pero a menos que cambiase de rumbo iba a darse de cabeza con ellos.

El dron emitió un pequeño chasquido, muy parecido al que había hecho la mujer poco antes, y le dijo al misil cuchillo más cercano que asustara a la montura. La forma, fina como un lápiz, se lanzó como una flecha, totalmente invisible, y pinchó a la bestia en un flanco, de modo que el animal chilló y se sacudió hasta que estuvo a punto de tirar a su jinete, después se desvió por la pequeña cuesta de la cresta que llevaba a la carretera.

El explorador gritó y maldijo a su animal, tiró de las riendas e hizo girar el amplio morro de su montura hacia la cresta, a cierta distancia de la mujer y el dron. Después se alejaron galopando y dejaron un fino rastro de polvo flotando en el aire casi inmóvil.

Djan Seriy Anaplian se removió, se incorporó un poco y miró desde debajo del sombrero.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó adormilada.

—Nada. Vuelve a dormir.

—*Hmm.* —La mujer se relajó otra vez y un minuto después roncaba casi sin ruido.

El dron la despertó cuando ya tenían prácticamente encima la cabeza del ejército. La máquina señaló con un gesto el cuerpo de hombres y animales que tenían a un kilómetro de distancia mientras Anaplian seguía bostezando y estirándose.

—Ya tenemos a los chicos aquí —le dijo la máquina.

—Sí, señor, aquí están. —Anaplian levantó los prismáticos y enfocó el frente del ejército, donde un grupo de hombres cabalgaba a lomos de unos animales especialmente altos, enjaezados con brillantes colores. Esos hombres lucían yelmos con altos penachos y sus bruñidas armaduras resplandecían bajo el sol brillante—. Están como para un desfile —dijo Anaplian—. Es como si esperaran tropezarse por aquí con alguien al que tuvieran que impresionar.

—Con Dios? —sugirió el dron.

La mujer se quedó callada un momento.

—*Hmm* —dijo al fin. Dejó los gemelos y miró al dron—. ¿Vamos?

—Cuando tú quieras.

Anaplian volvió a mirar al ejército y respiró hondo.

—Muy bien. Allá vamos.

El dron hizo un pequeño movimiento y se hundió como si asintiera. Después se abrió una pequeña escotilla en su costado. Un cilindro de unos cuatro centímetros de ancho y veinticinco de largo, con la forma de una especie de cuchillo cónico, rodó lentamente por el aire y luego salió disparado sin apenas alejarse del suelo y acelerando a toda velocidad hacia la parte posterior de la columna de hombres, animales y máquinas. Dejó un rastro de polvo por un momento antes de ajustar la altitud. Anaplian perdió de vista la forma camuflada casi de inmediato.

El aura del dron, invisible hasta ese momento, brilló con un tono rosado durante un segundo o dos.

—Esto —dijo— debería ser divertido.

La mujer lo miró, no muy convencida.

—No va a haber ningún error esta vez, ¿verdad?

—Desde luego que no —dijo la máquina con tono seco—. ¿Quieres verlo? —le preguntó—. Me refiero a verlo bien, no a través de esos antiguos gemelos de opereta.

Anaplian miró a la máquina con los ojos entrecerrados antes de contestar sin prisas.

—Está bien.

La pantalla cobró vida con un parpadeo, pero esa vez a un lado para que Anaplian todavía pudiera ver a simple vista al lejano ejército. La perspectiva de la pantalla se situó a cierta distancia detrás de la gran columna y mucho más baja que antes. Un rastro de polvo cruzó la pantalla.

—Es la cámara del misil de reconocimiento que los sigue —dijo Turminder Xuss. Al lado de la primera apareció otra pantalla—. Esta es del misil cuchillo en sí. —La cámara del misil cuchillo registró la maquinita que pasaba a toda velocidad junto al ejército en un borrón de hombres, uniformes y armas y después mostró las formas altas de las carretas y las máquinas de guerra y asedio antes de hacer un giro brusco tras pasar la cola del ejército. El veloz misil se inclinó y tomó posiciones a un kilómetro de la retaguardia del ejército y más o menos a un metro de la carretera. Había aminorado la velocidad, que había pasado de casi supersónica a algo parecido a la de un pájaro muy rápido. Se acercaba a toda prisa a la parte posterior de la columna.

—Voy a sincronizar el de reconocimiento con el cuchillo para que lo siga por detrás —dijo el dron. En pocos momentos la base plana y circular del misil cuchillo aparecía como un punto en el centro de la imagen del misil de reconocimiento y después se expandió hasta que dio la impresión de que la pequeña máquina estaba a solo un metro de la más grande—. ¡Allá van los alabeos! —dijo Xuss, y parecía emocionado—. ¿Los ves?

Dos puntas de flecha, una a cada lado, se desprendieron del cuerpo principal del misil cuchillo, se separaron un poco y desaparecieron. Los monofilamentos que todavía unían cada uno de los pequeños alabeos al misil cuchillo eran invisibles. La imagen cambió cuando el misil de reconocimiento se retrasó un poco y subió para mostrar casi todo el ejército que tenía delante.

—Haré que el cuchillo les dé un zumbido a los cables —dijo el dron.

—¿Qué significa eso?

—Los hace vibrar de modo que cuando los monofilamentos atravesen lo que sea, será como si lo rebanara un hacha de guerra increíblemente afilada en lugar de la cuchilla más cortante del mundo —dijo el dron con tono servicial.

La pantalla que mostraba lo que veía el misil de reconocimiento descubrió un árbol a unos cien metros por detrás del último carro que pasaba rodando. El árbol se sacudió y las tres cuartas partes superiores se deslizaron en un ángulo agudo por el tocón inclinado que era el cuarto inferior antes de caer al polvo.

—Se ha llevado un buen golpe —dijo el dron, que volvió a brillar por un instante con un tono rosado, parecía divertido. Los carros y las máquinas de asedio llenaron la imagen procedente del misil cuchillo—. En realidad, el primer trozo es el más complicado...

Los techos de tela de los carromatos cubiertos se alzaron en el aire como pájaros recién liberados; las argollas tensadas de madera (rebanadas de un golpe) se soltaron de repente. Las gigantescas y sólidas ruedas de las catapultas, los trabuquetes y las máquinas de asedio se desprendieron al siguiente giro y las grandes estructuras de madera se detuvieron en seco, las mitades superiores de algunas, también traspasadas, se adelantaron con la sacudida. Trozos de cuerda, gruesos como brazos, apenas un momento antes tensos y apretados, sólidos como rocas, estallaron como muelles recién liberados y después aletearon como simples cordeles. El misil de reconocimiento se coló entre las máquinas caídas y destrozadas; los hombres que viajaban dentro y alrededor de las carretas y las máquinas de asedio comenzaban ya a reaccionar. El misil cuchillo continuó precipitándose hacia los soldados de infantería que tenía justo delante. Se zambulló entre la masa de lanzas, picas, mástiles de gallardetes, estandartes y banderas y los segó, convirtiéndolos en un revoltijo de madera rebanada, filos al aire y aleteos de banderas.

Anaplian vislumbró un par de hombres acuchillados o ensartados por las puntas de las picas que caían.

—Va a haber unas cuantas bajas, es inevitable —murmuró el dron.

—Es inevitable —dijo la mujer.

El misil cuchillo captaba imágenes de rostros confusos, los hombres se giraban al oír los gritos de los de atrás. El misil estaba a medio segundo de la retaguardia de las monturas y más o menos al nivel de los cuellos de los jinetes cuando el dron envió una señal.

—¿Estás segura de que no podemos...?

—Del todo —respondió Anaplian que insertó un suspiro en lo que era un intercambio totalmente no verbal—. Limítate a ceñirte al plan.

La maquinaria se elevó alrededor de medio metro y salió disparada por encima de los jinetes, atrapó los penachos de los yelmos y rebanó los chillones adornos como una cosecha de tallos multicolores. Saltó por encima de la cabeza de la columna y dejó a su paso un rastro de consternación y aleteos de plumas. Después pasó zumbando rumbo al cielo. El misil de reconocimiento que lo seguía registró los alabeos de monofilamentos, que volvieron a encajarse en el cuerpo del misil cuchillo, después giró, se elevó y frenó un poco para observar de nuevo la totalidad del ejército.

A Anaplian le pareció que era una escena de lo más satisfactoria: caos, indignación y confusión por todas partes. Y sonrió. Un acontecimiento que se daba en tan escasas ocasiones que Turminder Xuss grabó el momento.

Las pantallas que flotaban en el aire desaparecieron. Apareció entonces el misil cuchillo y se metió en la escotilla que se había abierto en un costado del dron.

Anaplian contempló la planicie y la carretera con el ejército detenido.

—¿Muchas bajas? —preguntó mientras se desvanecía la sonrisa que había lucido.

—Unas dieciséis —le respondió el dron—. Alrededor de la mitad resultarán con toda probabilidad fatales con el tiempo.

La mujer asintió sin dejar de observar la lejana columna de hombres y máquinas.

—Qué se le va a hacer.

—Sí, bueno —asintió Turminder Xuss. El misil de reconocimiento regresó flotando también junto al dron y también se introdujo en él a través de un panel lateral—. Con todo —dijo el dron—, debería haber habido más.

—¿Tú crees?

—Sí. Deberías haberme permitido llevar a cabo una decapitación como es debido.

—No —dijo Anaplian.

—Solo los nobles —dijo el dron—. Los tíos esos de delante. A los que se les ocurrieron esos planes de guerra tan estupendos.

—No —dijo la mujer otra vez, y después se levantó de la silla, se giró y la plegó. La sostuvo con una mano y con la otra cogió los viejos prismáticos de la mesa—. ¿Viene el módulo?

—Ahí arriba —le contestó el dron, que no tardó en rodear a la mujer, recogió la mesa plegable y guardó el vaso y la botella de agua en la mochila del suelo—. ¿Solo esos dos duques tan bordes? ¿Y el rey?

Anaplian se sujetó el sombrero y levantó la cabeza para mirar al cielo, entrecerró un momento los ojos bajo el sol hasta que sus pupilas se acostumbraron.

—No.

—Espero que no sea por algún tipo de sentimentalismo familiar transferido —dijo el dron con cierta indignación solo fingida a medias.

—No —le contestó la mujer mientras observaba la forma del módulo, que rielaba en el aire a unos metros de ellos.

Turminder Xuss se acercó al módulo cuando se abrió la puerta de atrás.

—¿Y vas a dejar de decirme que no todo el tiempo?

Anaplian lo miró con cara inexpresiva.

»Da igual —dijo el dron con un suspiro. Después le indicó con un gesto la puerta abierta del módulo—. Tú primero.

El expedicionario

1

La fábrica

Aquel sitio tenía que ser una especie de antigua fábrica, un taller o algo así. Había grandes ruedas dentadas de metal medio enterradas en los suelos de madera o colgando de ejes gigantes de la red de vigas de hierro que tenía encima. Se veían correas de lona ensartadas por los espacios oscuros que conectaban ruedas lisas más pequeñas y toda una serie de máquinas largas y complicadas que le pareció que quizás tuvieran algo que ver con telares o tejedoras. Todo estaba lleno de polvo y suciedad. Y sin embargo, en otro tiempo había sido uno de esos sitios modernos, ¡una fábrica nada menos! Con qué rapidez se desmoronaban las cosas y se hacían inútiles.

En circunstancias normales él jamás se habría planteado siquiera acercarse a un sitio tan mugriento. Se le ocurrió que quizás ni siquiera fuera seguro, aunque no hubiera ninguna máquina en marcha; una parte de una pared de caballete se había derrumbado, los ladrillos se habían caído, los tablones se habían partido y las vigas colgaban deslavazadas del techo. No sabía si eran daños antiguos, producto del deterioro y la falta de mantenimiento o algo que hubiera ocurrido ese mismo día, durante la batalla. Aunque al final a él le había dado igual lo que era ese sitio o lo que hubiera sido; era un rincón en el que meterse, un lugar en el que esconderse.

Bueno, en el que reagruparse, recuperarse y serenarse. Eso le daba más lustre. *No estoy huyendo, se dijo, solo estoy preparando una retirada estratégica, o como se quiera llamar.*

Fuera, la estrella rodante Pentrl había superado el horizonte minutos antes y comenzaba a oscurecer poco a poco. Por una brecha del muro se podían ver destellos esporádicos y oír el estruendo de la artillería, el estallido atronador y crujiente de los proyectiles que caían incómodamente cerca y el traqueteo cortante y continuo del fuego de las armas ligeras. Se preguntó cómo iría la batalla. Se suponía que estaban ganando, pero era todo muy confuso. Que él supiera, lo mismo estaban a punto de conseguir una victoria absoluta como de sufrir una derrota total.

Él no entendía eso de la guerra, y tras haberla experimentado de primera mano, no tenía ni idea cómo se las arreglaba la gente para no perder la cabeza en plena

batalla. Se oyó una gran explosión por allí cerca que hizo temblar todo el edificio; él gimió, se agachó y se metió todavía más en la esquina oscura que había encontrado en el primer piso, y después se cubrió la cabeza con la gruesa capa que llevaba. Se oyó lanzar un ruidito débil y patético y se odió por ello. Al respirar bajo la capa percibió un ligero olor a sangre seca y heces y también se odió por ello.

Era Ferbin otz Aelsh-Hausk'r, príncipe de la casa de los Hausk, hijo del rey Hausk el Conquistador. Y si bien era digno hijo de su padre, a él no lo habían educado para que fuera como su progenitor. Su padre disfrutaba con la guerra, las batallas y las disputas, se había pasado toda su vida aumentando la influencia de su trono y su pueblo, siempre de forma agresiva y siempre en nombre del Dios del Mundo y con el ojo puesto en la historia. El rey había educado a su hijo mayor para que fuera como él, pero a ese hijo lo habían matado los mismos con los que se estaban enfrentando, quizás por última vez, ese mismo día. El segundo hijo, Ferbin, había sido educado en el arte no de la guerra, sino de la diplomacia; se suponía que su lugar natural estaba en la corte, no en la plaza de armas, los duelos de esgrima o el campo de tiro, y mucho menos en el campo de batalla.

Su padre siempre lo había sabido y, si bien nunca había estado tan orgulloso de Ferbin como lo había estado de Elime, su asesinado primogénito, había aceptado que el talento de Ferbin (podría llamarse incluso vocación, había pensado este más de una vez) se encontraba en el arte de la política, no del ejército. Era, en cualquier caso, lo que su padre había querido. El rey ansiaba la llegada de una época en la que las hazañas béticas que él había tenido que llevar a cabo para alcanzar esa nueva era se vieran como la tosca necesidad que en realidad habían sido; el rey había querido que al menos uno de sus hijos encajara con facilidad en una época venidera de paz, prosperidad y contento, donde el giro de una frase bonita tendría un efecto más certero que el volteo de una espada.

No era culpa suya, se dijo Ferbin, no estar hecho para la guerra. Y desde luego no era culpa suya que, al darse cuenta de que podría estar a punto de morir en cualquier momento, hubiera tenido un ataque de pánico un rato antes. Y tampoco era ningún descrédito haber perdido el control de sus intestinos cuando había visto al tal Yilim (que era mayor, o general, o algo así) borrado del mapa por un cañonazo. Dios bendito, el tipo estaba hablando con él cuando así, sin más... ¡había desaparecido! ¡Cortado por la mitad!

Su pequeño grupo había subido a caballo a una colina baja para ver mejor la batalla. Cosa que, ya en primer lugar, era una pequeña locura, había pensado Ferbin en su momento; cómo se les ocurría exponerse a los observadores enemigos y por tanto a un riesgo mayor de ser alcanzados por un proyectil de artillería aleatorio. Ya para empezar, esa misma mañana, en las carpas exteriores de los establos reales, el príncipe había elegido como montura un mersicor de guerra especialmente excepcional: un animal de color blanco puro con un aspecto arrogante y elevado en el que le pareció que quedaría bien. Y solo para descubrir que la elección de montura del general mayor Yilim se inclinaba en la misma dirección, porque él también montaba un caballo de guerra parecido. Ahora que lo pensaba (¡ah, cuantas veces había tenido motivos para usar esa frase u otra parecida al comienzo de alguna

explicación tras otra vergüenza más!) Ferbin se preguntó hasta qué punto era inteligente subir a una cumbre expuesta con unos animales tan llamativos.

Había querido decir algo, pero después había decidido que no sabía lo suficiente sobre los procedimientos a seguir en tales asuntos como para dar su opinión con libertad, y además, no había querido parecer un cobarde. Quizá el mayor general o el general mayor Yilim se había sentido insultado porque lo habían dejado fuera de la primera línea y le habían pedido en su lugar que cuidara de Ferbin, que lo mantuviera lo bastante cerca de la acción como para que luego pudiera afirmar que había estado en la batalla pero no tan cerca como para correr el riesgo de tener que implicarse en la lucha de verdad.

Desde la loma, una vez que llegaron arriba, podían ver todo el campo de batalla, desde la gran torre que se veía a lo lejos hasta las tierras bajas que se extendían desde el cilindro de varios kilómetros de anchura y subían hacia la posición que ocupaban ellos en el primer pliegue de colinas bajas que llevaban la carretera hasta el propio Pourl. La capital de los sarlos se encontraba tras ellos, apenas visible bajo la bruma de la calima, a solo un día a caballo.

Se encontraban en el antiguo condado de Xilisk y aquellos eran los viejos campos de juego de Ferbin y sus hermanos, tierras despobladas mucho tiempo atrás y convertidas en parques reales y terrenos de caza, llenas de aldeas demasiado grandes y bosques espesos. Pero en esos instantes, por todas partes, aquella geografía arrugada y hendida destellaba con el fuego de un sinfín de miles de armas y la propia tierra parecía moverse y fluir allí donde maniobraban las concentraciones de tropas y las flotas de maquinaria de guerra; grandes columnas inclinadas de vapor y humo se alzaban al aire sobre todo ello y arrojaban gigantescas sombras acuñadas por el terreno.

De vez en cuando, bajo las brumas elevadas y las nubes bajas, se movían por encima de la gran batalla unos puntos, pequeñas formas aladas. Eran los caudes y los lyges (las magníficas y venerables bestias de guerra del cielo) que buscaban la artillería y llevaban información y mensajes de un sitio a otro. Ninguna parecía sufrir el asalto de nubes de aves menores, así que lo más probable es que todas fueran de las suyas. Escasos recursos, sin embargo, comparados con aquellos días de la antigüedad cuando había bandadas, escuadrones, nubes enteras de aquellas grandes bestias que se enfrentaban en las batallas de los antiguos. Bueno, eso si se podían creer los viejos relatos y las pinturas de aquella época. Ferbin sospechaba que eran exageraciones, y su hermanastro menor, Oramen, que afirmaba estudiar tales asuntos, había dicho que por supuesto que eran exageraciones, aunque, siendo como era Oramen, solo después de sacudir la cabeza ante la ignorancia de Ferbin.

Choubris Holse, su criado, estaba a su izquierda, en la loma, revolviendo en una alforja y murmurando algo de que había que enviar a buscar más provisiones a la aldea más cercana que habían dejado atrás. El mayor (o general) Yilim estaba a su derecha, lanzándole una perorata sobre la inminente campaña en el siguiente nivel, algo sobre que había que llevar la lucha hasta sus enemigos, en su propio terreno. Ferbin había hecho caso omiso de su criado y se había vuelto hacia Yilim por pura cortesía. Y entonces, en plena frase, con una especie de carga estruendosa, el anciano

oficial (grueso, de rostro un tanto rubicundo y con tendencia a resollar al reírse) había desaparecido, así, sin más. Las piernas y la parte inferior del torso todavía permanecían en la silla, pero el resto de su persona había quedado arrancado y estaba esparcido por el terreno; la mitad parecía haberse arrojado sobre Ferbin y haberlo cubierto de sangre y trocitos de cuerpo grasientos e irreconocibles. Ferbin se había quedado mirando los restos aún sentados sobre el caballo mientras se limpiaba parte de la sangre de la cara, y había sentido arcadas con el hedor y la sensación cálida y humeante de todo aquello. El almuerzo le había abandonado el vientre por la boca como si algo lo persiguiera, después había tosido y se había limpiado la cara con una mano cubierta de sangre.

—Joder, qué mierda —había oído decir a Choubbris Holse con la voz quebrada.

La montura de Yilim (el mersicor de guerra, alto y pálido, al que Yilim se había dirigido con más amabilidad que a cualquiera de sus hombres), como si de repente se diera cuenta de lo que acababa de pasar, chilló, se encabritó y salió huyendo tras tirar lo que quedaba del cuerpo de su jinete destrozado al suelo. Otro proyectil o bala o lo que fueran aquellos trastos espeluznantes cayó cerca y derribó a otros dos miembros del grupo, convertidos en una maraña chillona de hombres y animales. Ferbin se dio cuenta de que su sirviente también había desaparecido: su montura se había caído y se habían derrumbado sobre él. Choubbris Holse aullaba de miedo y dolor, atrapado bajo el animal.

—¡Señor! —le gritó uno de los suboficiales, plantado de repente delante de él, mientras le daba la vuelta a su montura—. ¡Fuera! ¡Alejaos de aquí!

El príncipe seguía limpiándose la sangre de la cara.

Se dio cuenta de que se había ensuciado los calzones. Azuzó a su caballo y siguió al joven hasta que el oficial y su montura desaparecieron entre una rociada repentina de tierra negra. El aire parecía haberse llenado de chillidos y fuego ensordecedor, cegador. Ferbin se oyó gimotear. Se apretó contra la montura, rodeó con los brazos el cuello del caballo, cerró los ojos y dejó que el galope del animal se abriera camino, que saltara o rodeara como quisiera los obstáculos que pudiera encontrarse, sin atreverse a levantar la cabeza o mirar por dónde iban. Aquella cabalgada discordante, vertiginosa y aterradora había parecido durar una eternidad y se había oido gimotear otra vez.

Pero al fin el jadeante y esforzado mersicor comenzó a frenar.

Ferbin abrió los ojos y vio que se encontraban en una pista oscura y boscosa junto a un pequeño río; el estruendo y los destellos se oían por todas partes, pero sonaban un poco más lejos que antes. Había algo ardiendo arroyo arriba, como si se estuvieran quemando los árboles que sobresalían. Bajo la luz de últimas horas de la tarde surgió un edificio alto y medio en ruinas y la exhausta y jadeante montura frenó todavía un poco más. El príncipe lo detuvo junto al edificio y desmontó. Ferbin soltó las riendas y el animal, sobresaltado por otra ruidosa explosión, salió gimiendo y trotando por la pista. El príncipe quizás lo hubiera perseguido si no hubiera tenido los pantalones llenos de excrementos.

En lugar de eso, entró anadeando en el edificio por una puerta medio abierta y con los goznes combados en busca de agua y algún sitio para asearse. Su criado habría

sabido qué hacer. Choubris Holse lo habría lavado en un santiamén, con murmullos y quejas constantes, pero con eficiencia y sin un solo comentario malicioso. Ferbin se dio cuenta de que, encima, estaba desarmado. El mersicor se había largado con su rifle y su espada de gala. Por si eso fuera poco, la pistola que le había dado su padre, y que él había jurado que jamás dejaría su lado mientras se librara la guerra, tampoco estaba en su funda.

Encontró un poco de agua y unos trapos de otra era y se limpió lo mejor que pudo. Todavía tenía su petaca, aunque estaba vacía. La llenó en un largo canal de agua corriente y profunda abierto en el suelo y se enjuagó la boca antes de beber. Intentó ver su reflejo en la oscura corriente de agua pero no lo consiguió. Metió las manos en el canal, se pasó los dedos por el largo cabello rubio y después se lavó la cara. Después de todo, había que mantener las apariencias. De los tres hijos del rey Hausk, él siempre había sido el que más se parecía a su padre: alto, rubio y atractivo, con un porte orgulloso y varonil (o eso decía la gente, al parecer; él no se molestaba mucho con esas cosas).

La batalla siguió librándose con fiereza más allá del oscuro y abandonado edificio cuando la luz de Pentrl se desvaneció del cielo. El príncipe se dio cuenta de que era incapaz de dejar de temblar. Todavía olía a sangre y mierda. Era inconcebible que alguien lo encontrara así. ¡Y el ruido! Le habían dicho que la batalla sería rápida y que ganarían con facilidad, pero seguían luchando. Quizá estuvieran perdiendo. En ese caso quizás fuera mejor que se escondiera. Si a su padre lo habían matado en la lucha, se suponía que el nuevo rey tenía que ser él. Era una responsabilidad demasiado grande, no podía arriesgarse a dejarse ver hasta saber que habían ganado. Buscó un lugar en el piso de arriba para acostarse e intentó dormir un poco, pero no pudo. Lo único que veía era al general Yilim estallando en mil pedazos justo delante de él y los trocitos de carne que volaban hacia él. Tuvo otra arcada y después bebió un poco de la petaca.

Solo con echarse allí, y después sentarse, con la capa bien ceñida a su alrededor, empezó a sentirse un poco mejor. Todo iría bien, se dijo. Se tomaría un momento lejos de todo, solo un momento o dos, para concentrarse y tranquilizarse. Después vería cómo iban las cosas. Habrían ganado y su padre seguiría vivo. Él no estaba listo para ser rey. Le gustaba ser príncipe. Ser príncipe era divertido, ser rey parecía un trabajo duro. Además, su padre siempre les había dado la gran impresión a todos los que le habían conocido de que era un hombre capaz de vivir para siempre.

Ferbin debió de adormecerse. Abajo se oyó un ruido, un clamor, voces. En su estado de nervios y todavía medio dormido, le pareció reconocer alguna. Sufrió un ataque de pánico instantáneo al pensar que podían descubrirlo, que podía capturarlo el enemigo o que podían avergonzarlo delante de las tropas de su padre. ¡Qué bajo había caído en tan poco tiempo! ¡Mira que tenerle un miedo mortal a su propio bando, tanto como al enemigo! Unos pies embutidos en acero subieron con estrépito los escalones. ¡Lo iban a descubrir!

—No hay nadie en los pisos de arriba —dijo una voz.

—Bien. Ahí. Echadlo ahí. Doctor... —(Dijeron algo que Ferbin no entendió. Todavía estaba asimilando el hecho de haber podido pasar desapercibido mientras

dormía)—. Bueno, debéis hacer lo que podáis. ¡Bleye! ¡Tohonlo! Coged los caballos e id a buscar ayuda como ya he dicho.

—Señor.

—En seguida.

—Sacerdote: asistidlo.

—El eminente, señor...

—Estará con nosotros en su debido momento, estoy seguro. De momento, la responsabilidad os corresponde a vos.

—Por supuesto, señor.

—El resto, fuera. Dejadnos espacio para respirar aquí.

Conocía aquella voz. Estaba seguro. El hombre que daba las órdenes parecía (de hecho, tenía que ser) Tyl Loesp.

Mertis tyl Loesp era el amigo más íntimo de su padre y su consejero de confianza. ¿Qué estaba pasando? Había mucho movimiento. Los faroles del piso de abajo arrojaban sombras sobre el techo oscuro del piso de Ferbin. Cambió de postura y se inclinó sobre un resquicio de luz que procedía del suelo, donde una amplia correa de lona, que descendía de una rueda gigantesca que tenía encima, desaparecía entre los tablones rumbo a algún tipo de maquinaria que había en la planta baja. Al moverse, Ferbin pudo asomarse a la ranura del suelo para ver qué estaba pasando abajo.

¡Dios bendito del Mundo, era su padre!

El rey Hausk yacía, con el rostro demacrado y los ojos cerrados, en una amplia puerta de madera que descansaba sobre unos caballetes improvisados que le habían puesto debajo. Tenía la armadura perforada y combada sobre el lado izquierdo del pecho y la sangre se filtraba por una bandera o estandarte que habían utilizado para vendarlo. Parecía muerto, o quizás moribundo.

Ferbin sintió que se le abrían todavía más los ojos.

El doctor Gillews, el médico real, abría a toda prisa maletines y pequeños botiquines. Un ayudante se afanaba a su lado. Un sacerdote que Ferbin reconoció pero cuyo nombre no sabía permanecía junto a la cabecera de su padre con las túnicas blancas manchadas de sangre o barro. Estaba leyendo algún pasaje de una obra sagrada. Mertis tyl Loesp (alto y un poco encorvado, todavía ataviado con la armadura, el yelmo sujetado con una mano y el cabello blanco enmarañado y apelmazado) se paseaba de un sitio a otro, con la armadura resplandeciendo bajo la luz de los faroles. Los únicos presentes, que él pudiera ver, eran un par de caballeros de pie junto a la puerta, con los rifles listos en las manos. No estaba en el mejor ángulo posible para ver nada más que el pecho del caballero alto de la derecha, pero Ferbin reconoció al otro, al que podía verle la cara: Bower, Brower o algo así.

Pensó que debería revelar su presencia. Debería avisarlos de que estaba allí. Quizás estuviera a punto de convertirse en rey, después de todo. Sería aberrante, incluso perverso, no hacerles saber que estaba allí.

De todos modos iba a esperar un momento más. Sentía una especie de coronación, se dijo, y una coronación parecida lo había avisado de que no subiera a la loma esa tarde, y había estado en lo cierto.

Los ojos de su padre se abrieron con un parpadeo. El rey hizo una mueca de dolor y movió un brazo hacia el costado herido. El médico miró a su ayudante, que fue a sujetar la mano del rey, quizás para consolarlo, pero desde luego para evitar que sondeara la herida. El médico se reunió con su ayudante empuñando tijeras y alicates. Cortó la tela y apartó la armadura.

—Mertis —dijo el rey con tono débil, sin hacer caso del médico y estirando la otra mano. Su voz, por lo general tan severa y firme, parecía la de un niño.

—Aquí —dijo Tyl Loesp mientras acudía al lado del rey y le cogía la mano.

—¿Es la victoria nuestra, Mertis?

El otro hombre miró a los presentes en la fábrica.

—La victoria es nuestra, señor —dijo después—. La batalla está ganada. Los deldeynos se han rendido y han preguntado cuáles son nuestros términos. Han puesto solo como condición que cese la masacre y que se les trate con honor. Cosa que hemos permitido, hasta ahora. El Noveno y todo lo que contiene se abre ante nosotros.

El rey sonrió. Ferbin sintió un gran alivio. Al parecer las cosas habían ido bien. Suponía que había llegado el momento de hacer su entrada. Respiró hondo antes de hablar, antes de avisarlos de que estaba allí.

—¿Y Ferbin? —preguntó el rey. Ferbin se detuvo en seco. ¿Por qué preguntaba por él?

—Muerto —dijo Tyl Loesp. A Ferbin le pareció que lo decía sin demasiado dolor o piedad. Casi con entusiasmo, podría haber pensado un tipo menos comprensivo que él.

—¿Muerto? —se lamentó su padre y Ferbin sintió que se le humedecían los ojos. Había llegado el momento. Tenía que avisar a su padre que su hijo mayor superviviente seguía vivo, aunque oliera a mierda.

—Sí —dijo Tyl Loesp al tiempo que se inclinaba sobre el rey—. A ese mocoso presumido, estúpido y malcriado lo reventaron en mil pedazos en la cresta de Cherien poco después del mediodía. Una triste pérdida para sus sastres, joyeros y acreedores, me atrevería a decir. En cuanto a la trascendencia real de tal pérdida, bueno...

—¿Loesp? ¿Pero qué...? —dijo el rey después de balbucear algo incomprensible.

—Aquí todos pensamos lo mismo, ¿no es cierto? —dijo Tyl Loesp sin inmutarse, sin hacer mucho caso del rey (¡sin hacer caso del rey!) y mirando a todos los presentes.

Un coro de murmullos bajos ofreció lo que debía de ser un asentimiento.

»Vos no, sacerdote, pero da igual —le dijo Tyl Loesp al clérigo—. Continuad con la lectura si tenéis la bondad. —El sacerdote hizo lo que le mandaban con los ojos muy abiertos. El ayudante del médico se quedó mirando al rey y después alzó los ojos hacia el médico, que le devolvió la mirada.

—¡Loesp! —exclamó el rey, que había recuperado parte de su antigua autoridad—. ¿Qué significa este insulto? ¿Y encima insultas a mi hijo muerto? ¿Qué monstruosidad de...?

—Oh, cállate ya. —Tyl Loesp dejó el yelmo a sus pies y se inclinó un poco más, apoyó las mejillas en los nudillos y posó los codos protegidos por la cota de malla en

el pecho del rey, todavía cubierto por la armadura; una falta de respeto sin precedentes que a Ferbin le pareció casi más escandalosa que todo lo que había oído hasta entonces. El rey hizo una mueca y resolló un poco. A Ferbin le pareció oír algo que burbujeaba. El médico había terminado de exponer la herida del costado del rey.

—Significa que ese cabroncete miedica está muerto, viejo cretino. —Tyl Loesp se dirigía a su único amo y señor como si fuese un simple mendigo—. Y, si por algún milagro no lo está, no tardará en estarlo. Al jovencito creo que lo mantendré con vida de momento, en mi calidad de regente. Aunque me temo que el pobre, callado y estudioso Oramen quizás no viva lo suficiente para ascender al trono. Dicen que al chico le interesan las matemáticas. A mí no (salvo, como a ti, por el papel que desempeña la trayectoria en la caída de un disparo), sin embargo yo calcularía que sus posibilidades de llegar a ver su próximo cumpleaños, y por tanto su mayoría de edad, van menguando por momentos a medida que se acerca el acontecimiento.

—¿Qué? —jadeó el rey, al que le costaba respirar—. ¡Loesp! Loesp por piedad...

—No —dijo Loesp, apoyándose todavía más en la curva de color rojo sangre de la armadura y haciendo que el rey gimiese—. Nada de piedad, mi querido, viejo y lerdo guerrero. Ya has hecho tu parte, has ganado tu guerra. Eso es monumento y epitafio suficiente, tu momento ha llegado a su fin. Pero nada de piedad, señor, de eso nada. Voy a ordenar que todos los prisioneros hechos hoy sean pasados a cuchillo con toda celeridad y que el Noveno sea invadido con la mayor severidad, de modo que alcantarillas y ríos (cielos, hasta los molinos de agua, por lo que a mí respecta) corran rojos de sangre, y me atrevería incluso a decir que los chillidos serán terribles. Y todo en tu nombre, mi valiente príncipe. En venganza. Y también por los idiotas de tus hijos, si quieres. —Tyl Loesp acercó mucho su cara a la del rey y le gritó—: ¡Se acabó el juego, viejo zoquete! ¡Que fue siempre más grande de lo que nunca imaginaste! —Después se apoyó otra vez en el pecho del rey para incorporarse, con lo que el hombre postrado volvió a gemir. Tyl Loesp le hizo un gesto con la cabeza al médico, que, tras tragarse saliva de forma más que visible, estiró la mano con un instrumento de metal y lo metió en la herida que tenía en el costado el monarca, que se estremeció y chilló.

—¡Traidores, traidores malnacidos! —gimió el rey cuando el médico dio un paso atrás con el instrumento chorreando sangre y el rostro ceniciente—. ¿Es que nadie va a ayudarme? ¡Malnacidos! ¡Asesináis a vuestro rey!

Tyl Loesp sacudió la cabeza y se quedó mirando primero al rey, que se retorcía, y después al médico.

—Ejercéis vuestro oficio demasiado bien, médico. —El futuro regente rodeó al rey, que agitó sin fuerzas los brazos para alejarlo, y se colocó al otro lado del monarca. Cuando Tyl Loesp pasó a su lado, el sacerdote estiró una mano y se aferró a la manga del noble. Tyl Loesp bajó los ojos y miró con calma la mano que se había posado en su antebrazo.

—Señor, esto es demasiado, no... no está bien —dijo el sacerdote con voz ronca.

Tyl Loesp lo miró a los ojos y después volvió a mirar la mano que lo agarraba hasta que el clérigo lo soltó.

—Te apartas de tus atribuciones, don Murmullos —le dijo Tyl Loesp—. Vuelve a tu lectura. —El sacerdote tragó saliva y volvió a bajar los ojos hacia el libro. Sus labios comenzaron a moverse una vez más, aunque de su boca no salía sonido alguno.

Tyl Loesp rodeó la puerta rota y apartó al médico de un empujón, hasta que quedó al otro lado del rey. Se agachó un poco e inspeccionó el costado real.

—Una herida mortal sin duda, mi señor —dijo sacudiendo la cabeza—. Deberíais haber aceptado las poción mágicas que os ofreció nuestro amigo Hyrlis. Yo lo habría hecho. —Hundió una mano en el costado del rey y el brazo desapareció casi hasta el codo. El rey chilló de dolor.

»Vaya —dijo Tyl Loesp—, pero si está aquí mismo el corazón de todo. —Gruñó, retorció y tiró de algo dentro del pecho del hombre. El rey lanzó un último grito, arqueó la espalda y después se derrumbó. El cuerpo se sacudió unas cuantas veces más y brotó de sus labios algún sonido, pero nada inteligible, y pronto ellos también quedaron quietos.

Ferbin se quedó mirando al suelo. Se sentía incapaz de reaccionar, inmovilizado, como una criatura atrapada en el hielo o solidificada en un horno. Nada de lo que había visto, oído o sabido jamás lo había preparado para aquello. Nada.

Se oyó un estallido penetrante y el sacerdote cayó como un saco lleno de rocas. Tyl Loesp bajó la pistola. La mano que la sostenía chorreaba sangre.

El médico se aclaró la garganta y se alejó un poco de su ayudante.

—Ah, el chico también —le dijo a Tyl Loesp sin mirar al muchacho. Después sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Estoy seguro que trabajaba para la gente del rey además de para nosotros.

—¡Maestro! ¡Yo...! —fue lo único que el joven tuvo tiempo de decir antes de que Tyl Loesp le disparara también, primero en la barriga, lo que lo hizo doblarse, y después en la cabeza. El médico parecía convencido de que Tyl Loesp estaba a punto de pegarle a él también un tiro, pero el noble se limitó a sonreírle y después se volvió hacia los dos caballeros que seguían en la puerta. Se inclinó, cogió una toalla de la cintura del ayudante asesinado, se limpió las manos y la pistola con ella y después enjugó un poco de sangre que le había caído en el brazo y la manga antes de mirar a los demás.

—Era lo que había que hacer, como todos sabemos —les dijo. Miró con asco el cuerpo del rey, como un cirujano podría mirar a un paciente que había tenido el atrevimiento de morirse en las manos—. Los reyes son por lo común los primeros en hablar, y con cierto detalle, del destino global y de la necesidad de cumplir propósitos más grandes que nosotros mismos —dijo sin dejar de limpiarse y enjugar la sangre—. Así que vamos a dar por oída toda esa retórica pomposa, ¿de acuerdo? Nos quedamos solo con esto: el rey ha muerto de sus heridas, sufridas de la forma más honorable posible, pero no sin antes jurar venganza cruenta contra sus enemigos. El presumido del príncipe heredero está muerto y el más joven está a mi cargo. Estos dos de aquí han sido víctimas de un francotirador. Y vamos a quemar esta antigua villa de sitio solo por si acaso. Venga, vamos, nos aguardan magníficos trofeos.

El noble tiró la toalla ensangrentada en la cara del ayudante caído y después se dirigió a los demás con una sonrisa alentadora.

—Creo que aquí hemos terminado.

2

El palacio

Oramen estaba en una sala redonda del ala sombreada del palacio real de Pourl cuando llegaron a decirle que su padre y su hermano mayor estaban muertos y que él, con el tiempo, sería el rey. A Oramen siempre le había gustado esa habitación porque sus paredes describían un círculo casi perfecto y, si te colocabas justo en el centro, podías oír el eco de tu propia voz, que resonaba en la circunferencia de la cámara de un modo de lo más singular e interesante.

Levantó la vista de sus papeles y miró al conde sin aliento que había irrumpido en la sala y le había dado la noticia. El nombre del conde era Droffo, de Shilda, si Oramen no se equivocaba. Entretanto, un par de criados de palacio se apretujaban en la puerta, tras el noble, también respirando con dificultad y bastante colorados. Oramen se apoyó en el respaldo de la silla y notó que en el exterior había oscurecido. Un criado debía de haber encendido las lámparas de la sala.

—¿Muertos? —dijo—. ¿Los dos? ¿Estáis seguro?

—Si han de creerse todos los informes, señor. De la jefatura del ejército y del propio Tyl Loesp. El rey está de... El cuerpo del rey está de regreso en un armón de artillería, señor —le dijo Droffo—. Señor, lo siento. Se dice que al pobre Ferbin lo partió por la mitad un proyectil. Lo siento mucho, señor, mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Ambos se han ido.

Oramen asintió con aire pensativo.

—Pero no soy el rey?

El conde, que a Oramen le pareció que iba vestido en parte para la corte y en parte para la guerra, pareció confuso por un momento.

—No, señor. No hasta vuestro próximo cumpleaños. Tyl Loesp será el que gobierne en vuestro nombre. Tal y como yo lo entiendo.

—Ya veo.

Oramen respiró hondo un par de veces. Bueno, la verdad era que no se había preparado para esa eventualidad. No estaba muy seguro de qué pensar. Miró a Droffo.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cuál es mi deber?

Cosa que también pareció desconcertar al bueno del conde solo por un instante.

—Señor —dijo—, podríais salir a caballo a recibir el féretro del rey.

Oramen asintió.

—Ciento, podría ir.

—No hay peligro, señor; la batalla está ganada.

—Sí —dijo Oramen—, por supuesto. —Se levantó y miró tras Droffo, a uno de los criados—. Puisil. El coche de vapor, si tienes la bondad.

—Tarda un rato en cargarse de vapor —dijo Puisil—. Señor.

—Entonces no te demores más —le contestó Oramen con toda la razón. El sirviente se dio la vuelta para irse justo cuando apareció Fanthile, el secretario de palacio.

—Un momento —le dijo Fanthile al criado, haciendo que Puisil dudara y que su mirada vacilara entre el joven príncipe y el anciano secretario de palacio.

»Un caballo de guerra quizá fuera una elección más conveniente, señor —le dijo Fanthile a Oramen. Después sonrió y saludó con una inclinación a Droffo, que le devolvió al anciano el saludo con la cabeza. Fanthile se estaba quedando calvo y tenía la cara muy arrugada, pero seguía siendo alto y alzaba su delgado cuerpo con orgullo.

—¿Vos creéis? —dijo Oramen—. El coche será más rápido, seguro.

—La montura sería más inmediata, señor —dijo Fanthile—. Y más apropiada. Sobre una montura se está más a la vista del público y el pueblo necesitará veros.

Oramen se planteó decir que también podía levantarse en el asiento trasero del coche de vapor de su padre. Pero también vio el sentido que tenía lo que le proponían.

»Además —continuó Fanthile al ver que el príncipe dudaba y decidido a insistir—, es posible que la carretera esté atestada. Una montura puede colarse entre los espacios libres...

—Sí, por supuesto —dijo Oramen—. Muy bien. Puisil, si tienes la bondad.

—Señor. —El criado se fue.

Oramen suspiró y colocó sus papeles en una caja. Había empleado la mayor parte del día trabajando en una forma novedosa de anotación musical. Lo habían mantenido, junto con el resto de la familia, en los sótanos del palacio durante las primeras horas de la mañana, porque se esperaba que en un principio los deldeynos se precipitaran desde la cercana torre, y por si las cosas se ponían mal y tenían que huir a través de los túneles subterráneos que los llevarían a una flota de vehículos de vapor que los aguardaban, ya listos, en los límites más bajos de la ciudad; pero después les habían permitido salir cuando, tal y como se preveía, habían recibido al enemigo con tal fuerza y preparación que los deldeynos no habían tardado en dejar de ser una amenaza para la ciudad y habían tenido que centrar su atención en su propia supervivencia.

A media mañana lo habían persuadido para que subiera a la balaustreada de un tejado con Shir Rocasse, su tutor, para contemplar los empinados terrenos del palacio y los límites superiores de la ciudad encaramada a la colina y también la torre Xiliskine y el campo de batalla que (según afirmaban los informes telegráficos) la rodeaba casi por completo.

Pero no había mucho que ver. Hasta el cielo parecía casi desprovisto de acción alguna. Las grandes bandadas de batalla de caudes y lyges que en la antigüedad llenaban el aire y hacían que las batallas de antaño parecieran tan románticas apenas se veían ya; habían quedado consignados (reducidos) a patrullas de reconocimiento, a llevar mensajes, a detectar puestos de artillería y a hacer pequeñas incursiones que eran poco más que actos de bandidaje. Allí, en el Octavo, se consideraba que tales bestias de guerra voladoras no tenían ningún papel significativo que desempeñar en los campos de batalla modernos, gracias sobre todo a la maquinaria y las consiguientes tácticas que había introducido el propio rey Hausk.

Se había rumoreado que los deldeynos tenían máquinas voladoras impulsadas por vapor, pero si estas habían hecho acto de presencia, debía de haber sido en un número muy pequeño o no debían de haber tenido un efecto obvio. Oramen se había quedado un poco decepcionado, aunque se lo pensó dos veces antes de decirle nada a su anciano tutor, que era tan patriota, consciente de su raza y devoto del Dios del Mundo como se podría desechar. Despues bajaron del tejado para lo que se suponía que debían de ser sus clases.

Shir Rocasse estaba a punto de retirarse, pero de todos modos se había dado cuenta durante el último año corto de que ya tenía muy poco que enseñarle a Oramen, a menos que fuera algo de memoria y sacado directamente de algún libro. En los últimos tiempos el príncipe prefería utilizar la biblioteca del palacio sin mediador alguno, aunque seguía escuchando los consejos del anciano erudito y no solo por cuestiones sentimentales. Había dejado a Rocasse en la biblioteca, inmerso en una serie polvorienta de pergaminos y se había dirigido a la sala redonda, donde era mucho menos probable que lo molestasen. Bueno, al menos hasta ese momento.

—¡Oramen! —Renneque entró corriendo, pasó a toda velocidad junto a Droffo y Fanthile y se lanzó a sus pies entre un torbellino de ropa rasgada—. ¡Acabo de enterarme! ¡No puede ser verdad! —Renneque, lady Silbe, rodeó con los brazos los pies Oramen y los abrazó con fuerza. Levantó la cabeza, con el joven rostro lívido por las lágrimas y el dolor y el cabello castaño derramándose por los hombros—. Decidme que no lo es. ¡Por favor? Los dos no. ¡No el rey y Ferbin también! Los dos no. Los dos no. ¡Por lo que más queráis, los dos no!

Oramen se inclinó con suavidad y levantó un poco a la mujer hasta que quedó arrodillada delante de él, con los ojos muy abiertos, las cejas alzadas y la mandíbula en movimiento. Siempre le había parecido una joven bastante atractiva y había envidiado a su hermano mayor, pero en ese momento pensó que estaba hasta fea con semejante exceso de dolor. Las manos femeninas, privadas del evidente consuelo de los pies del príncipe, se aferraban a un símbolo pequeño y orondo del mundo que le colgaba del cuello con una fina cadena que no dejaba de retorcer un momento entre los dedos; la filigrana de las conchas diminutas del interior del revestimiento esférico exterior se revolvía y deslizaba de un sitio para otro, ajustándose de forma continua.

Oramen se sintió de repente bastante maduro, mayor incluso.

—Vamos, Renneque —dijo cogiéndole las manos y dándole unas palmaditas—. Todos tenemos que morir.

La joven gimió y volvió a arrojarse al suelo.

—Señora —dijo Fanthile, cuya voz era amable pero avergonzada, mientras se inclinaba hacia ella, después se volvió y vio aparecer en la puerta a Mallarh, una de las damas de la corte (que también estaba llorosa y angustiada). Mallarh, que quizá duplicaba la edad de Renneque y tenía el rostro cubierto de cicatrices diminutas, producto de una infección infantil, se mordió el labio cuando vio a la joven noble sollozando en el suelo de madera—. Por favor —le dijo Fanthile a Mallarh al tiempo que le señalaba a Renneque.

Mallarh convenció a Renneque para que se levantara y después saliera con ella.

—Y bien, señor... —dijo Fanthile antes de volverse y ver a Harne, lady Aelsh, la actual consorte del rey y madre de Ferbin, de pie en la puerta, con los ojos enrojecidos, el cabello rubio enmarañado y despeinado pero con la ropa intacta, la expresión decidida y el porte firme. Fanthile suspiró—. Señora... —empezó a decir.

—Solo confirmádmelo, Fanthile —dijo la dama—. ¿Es cierto? ¿Los dos? ¿Los míos?

Fanthile miró al suelo un momento.

—Sí, mi señora. Ambos han fallecido. El rey con toda certeza, el príncipe según todos los indicios.

Lady Aelsh pareció hundirse un poco, después se alzó con lentitud. Asintió y por un momento pareció que iba a irse pero después se detuvo y miró a Oramen. Este la miró directamente a la cara y se levantó sin dejar de sostener la mirada de la dama.

Aunque ambos habían intentado ocultarlo, su mutua antipatía no era ningún secreto en palacio. La del joven, motivada por el destierro de su madre para favorecer a Harne, mientras que la de la dama se asumía por lo general que la provocaba la simple existencia de Oramen. Con todo, este quería decir que lo sentía, quería decirle (al menos cuando lo pensó más tarde, con más claridad y lógica) que sentía su doble pérdida, que era una elevación del estatus de Oramen inesperada y en absoluto deseada y que ella no sufriría ningún menoscabo de rango por nada que fuera a hacer Oramen, o no hacer, durante la inminente regencia o su subsiguiente ascenso al trono. Pero la expresión de la mujer parecía prohibirle pronunciar palabra alguna y quizás incluso lo desafiaba a encontrar algo que pudiera decirse y a lo que ella no pudiera poner algún tipo de objeción.

Oramen luchó contra aquella sensación durante varios minutos, le parecía que era mejor decir algo en lugar de parecer que la insultaba con su silencio pero terminó rindiéndose. Había un dicho: «La sabiduría es silencio». Al final se limitó a saludar a la dama con una inclinación de la cabeza sin decir nada. Presintió casi más que vio que la mujer de su padre se daba la vuelta y se iba.

Oramen volvió a levantar la cabeza. Bueno, al menos con eso ya había terminado.

—Venid, señor —dijo Fanthile tendiéndole el brazo—. Yo os acompañaré.

—¿Os parece que voy bien así? —preguntó Oramen. Iba vestido de modo más que informal, con unos pantalones y una simple camisa.

—Poneos una de vuestras mejores capas, señor —le sugirió Fanthile. El anciano miró sin pestañear al joven príncipe, que dudaba y palmeaba los papeles en los que había estado trabajando como si no estuviera muy seguro si debía llevárselos con él

o no—. Debéis de estar consternado, señor —dijo con naturalidad el secretario del palacio.

Oramen asintió.

—Así es —dijo dando unos golpecitos en los papeles. La hoja de arriba no tenía nada que ver con la notación musical. Como príncipe que era, a Oramen le habían enseñado, por supuesto, las costumbres de los alienígenas que existían fuera de su nivel natal y más allá del propio Sursamen y, en un momento dado de ocio, había estado garabateando su nombre y luego había intentado expresarlo como lo harían esos alienígenas:

Oramen lin Blisk-Hausk'r yun Pourl, yun Dich.

Oramen-hombre, príncipe (3/2), Pourlinebrac, 8/Su.

Humano Oramen, príncipe de Pourl, casa de Hausk, dominio de Sarl, del Octavo, Sursamen.

Meseriphine-Sursamen/8sa Oramen lin Blisk-Hausk'r dam Pourl.

Volvió a ordenar las páginas, cogió un pisapapeles y lo colocó encima.

—Sí, eso es, debo de estarlo, ¿verdad?

Parecía que solo el hecho de subirse a lomos de un mersicor se había convertido en una tarea mucho más complicada de lo que nunca había sido. Oramen apenas se había entretenido tras oír la noticia, pero incluso así, para cuando llegó al patio de caballos iluminado por los faroles ya se había organizado un alboroto considerable.

Acompañado, («azuzado» habría sido quizás un término más apropiado) por Fanthile, Oramen se había detenido en sus apartamentos para recoger una voluminosa capa de montar, había soportado que Fanthile le pasara un peine por el cabello castaño rojizo y después lo habían precipitado por las escaleras rumbo al patio, cuidándose mucho de saludar con la cabeza a los varios rostros serios y manos que se retorcían con los que se encontró de camino. Solo lo habían detenido una vez, el embajador oct.

El embajador parecía una especie de cangrejo gigante. Su cuerpo erecto y ovoide (más o menos del tamaño de un torso infantil) era de un color azul profundo y estaba cubierto de diminutas excrecencias de color verde brillante que o bien eran pinchos muy finos o pelos muy gruesos. Sus miembros, compuestos por tres segmentos (cuatro que colgaban como piernas y cuatro que parecían hacer la función de brazos), eran de un color rojo casi incandescente y cada uno terminaba en unas pequeñas pinzas dobles que eran del mismo color azul que el cuerpo. Los miembros sobresalían, no de modo totalmente simétrico, en forma de «z» quebrada con cuatro tocones negros que por alguna razón a Oramen siempre le recordaban a las bocas de unos cañones carnosos.

Por la parte posterior y por los lados sostenía a la criatura un armazón de metal espejado con unas adiciones más voluminosas por detrás que parecían albergar el medio que utilizaba para flotar en el aire sin ruido y que de vez en cuando dejaba

escapar pequeñas cantidades de un líquido de aroma extraño. Una serie de tubos conectaban otro cilindro con lo que se suponía que era la cara, que se encontraba en medio del cuerpo e iba cubierta con una especie de máscara a través de la que en ocasiones se podían ver unas burbujitas diminutas. El cuerpo entero del embajador relucía, y cuando se miraba con mucha atención (y Oramen lo había hecho), te daban cuenta que había una membrana muy fina de líquido que parecía envolver cada parte, con la posible excepción de los pelitos verdes y las pinzas azules. La misión diplomática oct tenía su hogar en un antiguo salón de baile del ala soleada del palacio y estaba, al parecer, completamente llena de agua.

El embajador y los dos oct que lo acompañaban, uno un poco más pequeño y el otro un poco más grande que el embajador, se acercaron flotando por las baldosas del pasillo cuando Oramen y Fanthile llegaron al último giro de las escaleras. Fanthile se detuvo cuando vio a las criaturas y Oramen decidió no llevarle la contraria. Entonces oyó suspirar al secretario de palacio.

—Oramen-hombre, príncipe —dijo el embajador Kiu-en-Pourl. Su voz era como el crujido de las hojas secas, o como una pequeña hoguera que comienza a prenderse—. Aquel que dio lo que a vos ha de darse de la vida ha dejado ya de ser, como nuestros ancestros, los benditos involucra, que han dejado ya de ser, son para nosotros. El dolor ha de experimentarse, y con él las emociones afines, y muchas. Yo bien soy incapaz de compartir, ser. No obstante. Y paciencia os recomiendo. Uno ha de suponer. Es probable, también, que la asunción tenga lugar. Cumplirse debe. La energía se transfiere, como herencia, y eso compartimos. Vos, nosotros. Como si a modo de presión, en los conductos sutiles nosotros no nos defendemos bien.

Oramen se quedó mirando a la criatura y se preguntó qué se suponía que tenía que parecerle aquel montón de aparentes tonterías. En su experiencia, los pronunciamientos tangenciales del embajador podían llegar a alcanzar una especie de sentido retorcido si se reflexionaba sobre ellos el tiempo suficiente (preferiblemente después de escribirlos), pero lo cierto era que en ese momento él no tenía tiempo para todo aquello.

—Gracias por vuestras amables palabras —le soltó de buenas a primeras, después asintió y se retiró hacia las escaleras.

El embajador se apartó unos milímetros y dejó un charco diminuto de humedad brillando en los azulejos.

—Que se os guarde. Id a aquello a lo que vais. Llevad aquello que yo os daría. Conocimiento de la afinidad. Oct, los herederos, descienden de los velo, heredan. Vos, heredáis. También, es pena.

—Con vuestro permiso, señor —le dijo Fanthile al embajador y después tanto él como Oramen se inclinaron, se volvieron y bajaron con estrépito el último tramo de escaleras, rumbo a la planta baja.

El alboroto en el patio de caballos procedía sobre todo de todo un vociferante aquellarre de duques, condes y caballeros que se disputaban a gritos quién debía acompañar al príncipe regente en el corto viaje que estaba a punto de emprender para ir a recibir el cuerpo del rey que regresaba.

Oramen se quedó atrás, entre las sombras, con los brazos cruzados, esperando a que le llevaran su montura. Dio un paso atrás y metió el pie en un montón de

estiércol cerca del alto muro posterior del patio, chasqueó los labios y se sacudió parte de la mierda de la bota al tiempo que intentaba quitarse el resto raspándose en el muro. El montón de estiércol todavía humeaba. Se preguntó si se podría saber qué tipo de animal había dejado el zurullo por su apariencia y consistencia. Lo más probable, se imaginó.

Miró directamente al cielo. Allí, todavía visible sobre los faroles que iluminaban el patio de caballos desde los muros que lo cerraban, una línea roja sin brillo marcaba el curso de enfriamiento grabado por la estrella rodante Pentrl, oculta muchas horas atrás y a muchos días de regresar. Miró después hacia el polo cercano, por donde saldría a continuación Domity, pero aquella era una noche relativamente larga y todavía faltaban horas para el primer alba de la estrella rodante. Creyó ver por un instante una insinuación de la torre Keande-yiine, que se perdía en la oscuridad que envolvía el cielo (el límite inferior de la Xiliskine, aunque se encontraba más cerca, estaba oculto por una de las altas torres del palacio) pero no estaba seguro. Xiliskine. O 213torre52. Ese era el nombre que sus mentores, los oct, le daban. Suponía que él debería preferir el término Xiliskine.

Volvió a mirar al patio. Cuántos nobles. Había creído que estarían todos luchando contra los deldeynos. Claro que ya hacía mucho tiempo que su padre había distinguido con toda claridad entre aquellos nobles que aportaban elegancia y una cualidad emoliente a la corte y aquellos que eran capaces de librarse con éxito una guerra moderna. Las tropas reclutadas, magníficas y variopintas, encabezadas por sus señores, todavía tenían su lugar, pero el nuevo ejército estaba formado por militares profesionales y también por milicias bien entrenadas, todas ellas bajo el mando de capitanes, mayores, coroneles y generales, no caballeros, señores, condes y duques. Oramen distinguió también entre la mezcla a unos cuantos sacerdotes de alto rango y varios parlamentarios que insistían en que los incluyeran. El príncipe se había imaginado, ingenuo de él, cabalgando solo o con uno o dos escoltas. Pero al parecer iba a tener que ponerse a la cabeza de un pequeño ejército.

A Oramen le habían aconsejado que no tuviera nada que ver con la batalla que estaba teniendo lugar en las llanuras ese día y, de todos modos, a él tampoco le interesaba demasiado, dado que Werreber, uno de los generales más imponentes de su padre, les había asegurado a todos con toda certeza apenas la noche anterior que la lucha se decantaría a su favor. En cierto sentido era una pena. Apenas un par de años antes, a Oramen le había fascinado la maquinaria de la guerra y todo el cuidadoso despliegue de fuerzas que implicaba. El intenso orden numérico de su planificación y la funcionalidad extrema de su cruel funcionamiento lo habrían consumido.

Pero por alguna razón, desde aquellos tiempos había perdido interés por todo lo marcial. Le parecía que el ejército, incluso mientras se afanaba para garantizarla, era profundamente adverso a la era moderna que estaba contribuyendo a crear. La guerra en sí se estaba convirtiendo en un proceso pasado de moda y anticuado. Poco eficiente, antieconómica, destructiva de una forma intrínseca, la guerra no desempeñaría ningún papel en aquel futuro pragmático y resplandeciente que preveían las mentes más brillantes del reino.

Solo personas como su padre lamentarían la desaparición de la guerra. Él la celebraría.

—Mi príncipe —murmuró una voz a su lado.

Oramen se dio la vuelta.

—¡Tove! —dijo mientras le daba al otro joven una palmada en la espalda. Tove Lomma había sido su mejor amigo casi desde la más tierna infancia. Se había convertido en oficial del ejército y lucía el uniforme de los cuerpos de aviación—. ¡Estás aquí! ¡Pensé que estarías luchando! ¡Cuánto me alegro de verte!

—En los últimos días me han destinado a una de las torres de lyges, con un escuadrón de esas bestias. Armamento ligero. Por si se producía un ataque aéreo. Escuchad. —Posó una mano en el brazo de Oramen—. Es terrible lo de vuestro padre y Ferbin. Las estrellas llorarían, Oramen. No sé qué decir. Todos los hombres del cuerpo de aviación... Bueno, queremos que sepáis que estamos a vuestras órdenes.

—Más bien a las de Loesp.

—Es vuestro paladín en esto, Oramen. Os servirá bien, estoy seguro.

—Yo también.

—Pero vuestro padre; nuestro querido rey, todo nuestro... —A Tove se le quebró la voz. El joven sacudió la cabeza y apartó la mirada mientras se mordía el labio y sorbió por la nariz.

Oramen tuvo la sensación de que tenía que consolar a su viejo amigo.

—Bueno, murió feliz, me imagino —dijo—. En plena batalla, y victorioso, como hubiera deseado. Como habríamos deseado todos. En fin. —El príncipe le echó un vistazo rápido al tumulto del patio. Los nobles contendientes parecían estar reuniéndose en una especie de orden pero seguía sin haber señal alguna del caballo de guerra que había solicitado. Al final habría sido más rápido si hubiera pedido el coche de vapor—. Es un golpe muy duro —continuó. Tove seguía sin mirarlo—. Lo echaré de menos. Lo extrañaré... bueno, muchísimo. Como es obvio. —Tove volvió a mirarlo. Oramen esbozó una amplia sonrisa y parpadeó varias veces—. Si te digo la verdad, creo que soy como una bestia medio atontada, sigo en pie y caminando pero bizarro y sin saber qué hacer. Todavía espero despertarme en cualquier momento. Lo haría ahora mismo si estuviera en mi mano.

Cuando Tove lo volvió a mirar le brillaban los ojos.

—He oído que cuando las tropas se enteraron de que su amado rey había muerto, cayeron sobre los prisioneros y los mataron a todos.

—Espero que no —dijo Oramen—. Esa no era la política de mi padre.

—¡Lo mataron, Oramen! ¡Bestias inmundas! Ojalá hubiera estado allí yo también para vengarme como los demás.

—Bueno, no estábamos ninguno de los dos. Esperemos que lo que se haya hecho en nuestro nombre solo pueda honrarnos.

Tove asintió poco a poco y apretó el brazo de Oramen una vez más.

—Debéis ser fuerte, Oramen —dijo.

Oramen miró a su viejo amigo. Así que fuerte. Aquello era lo más soso que le había dicho Tove jamás. Era obvio que la muerte tenía un efecto extraño sobre la gente.

—Bueno —dijo Tove con una sonrisa pícara y vacilante—, ¿hemos de llamaros ya «mi señor», «majestad» o algo así?

—Todavía no... —empezó a decir Oramen antes de que un conde se lo llevara y unos duques lo ayudaran a montar.

En la carretera de Xilisk, cerca del pequeño pueblo de Evingreath, el cortejo que trasladaba el cuerpo del rey Nerieth Hausk de regreso a su capital se encontró con la procesión no mucho menor que encabezaba el príncipe Oramen. En cuanto vio al príncipe regente, iluminado por faroles de viaje que siseaban en la noche y las primeras y lentas luces de la estrella rodante Domity, a la que todavía le quedaban unas horas para salir, Mertis tyl Loesp, que todo el mundo sabía que había sido como una tercera mano para el rey durante casi toda su vida, desmontó y tras acercarse con pasos pesados al corcel del príncipe, hincó una rodilla en la carretera embarrada e inclinó la cabeza, de modo que su cabello plateado (encrespado y de punta tras los tirones provocados por el dolor) y su rostro apesadumbrado (todavía oscurecido por el humo de la pólvora y manchado de lágrimas calientes e incesantes) quedaron al mismo nivel que el pie del príncipe, metido todavía en el estribo. Después alzó la cabeza y dijo las siguientes palabras.

—Señor, nuestro amado dueño y señor, el rey, que era vuestra padre y mi amigo, y era amigo y padre de todo su pueblo, regresa triunfante a su trono, pero también muerto. Nuestra victoria ha sido grande y absoluta, y los beneficios y nuevas ventajas incommensurables. Solo nuestra pérdida excede tal vasto logro pero lo hace en una proporción que está más allá de cualquier cálculo. Junto a tan odioso precio, a pesar de toda su furiosa gloria, nuestro triunfo de las últimas horas ahora nos parece insignificante. Vuestro padre ha sido razón suficiente para ambas, gloria y aflicción: una no se habría alcanzado sin su liderato sin igual y su firme determinación, la otra la invocó su muerte, prematura, inoportuna e inmerecida.

»Y así, ha caído sobre mí y es mi gran privilegio, si bien infinitamente inesperado, gobernar durante el corto intervalo entre este, el más odioso de los días, y el glorioso advenimiento de vuestra ascensión al trono. Os lo suplico, señor, creedme que todo lo que haga en vuestro nombre, mi señor, será por vos y el pueblo de Sarl y siempre en nombre del Dios del Mundo. Vuestro padre no esperaría menos, y en esta causa, tan grande para nosotros, quizás podría empezar a agradecer en alguna medida el honor que me hizo. Os respeto a vos como lo respeté a él, señor, de forma absoluta, con todo mi ser, con todos mis pensamientos y acciones, ahora y durante el tiempo que sea mi obligación hacerlo.

»He perdido hoy al mejor amigo que un hombre ha tenido jamás, señor, una luz auténtica, una estrella constante cuya fijeza eclipsaba, superaba a cualquier simple lámpara celestial. El pueblo de Sarl ha perdido al mejor comandante que ha conocido jamás, un nombre digno de aclamarse a lo largo de las eras hasta el fin de los tiempos y cuyo eco resonaría con tanta fuerza como el de cualquier héroe de la más remota antigüedad entre las estrellas invisibles. Jamás podremos esperar alcanzar una décima parte de la grandeza que tenía él, pero yo me consuelo solo con esto: los

verdaderamente grandes son fuertes más allá de la propia muerte, mi señor, y, al igual que el rayo de luz y calor que antes de apagarse deja a su paso una gran estrella una vez que se ha oscurecido su auténtico brillo, queda ahora un legado de poder y sabiduría en el que podremos hallar nuevas fuerzas y con cuyo albor magnificará nuestra propia y escasa asignación de fortaleza y fuerza de voluntad.

»Señor, si parece que me expreso con poca elegancia o sin el debido respeto que debería mostrarle a vuestro rango y persona, perdonadme. Mis ojos están cegados, mis oídos impedidos y mi boca entumecida por todo lo que ha tenido lugar hoy. Ganar más de lo que creíamos posible y perder luego una infinidad más que eso habría destrozado a cualquier hombre, salvo a esta alma sin igual que es nuestra triste y aborable obligación traer ante vos.

Tyl Loesp se quedó callado. Oramen sabía que se esperaba de él que dijera algo. Durante la última media hora había estado haciendo todo lo posible por hacer caso omiso del cotorreo de los duques, después de que Fanthile se hubiera abierto camino por un instante entre la masa de cuerpos, tanto humanos como animales, que lo rodeaban para advertirle que quizás tuviera que dar un discurso. El secretario de palacio apenas había tenido tiempo para transmitirle aquel pequeño consejo antes de que lo apartaran a él y a su montura y lo sacaran de en medio con un par de empellones, de regreso al lugar que era obvio que los más espléndidos de los nobles pensaban que le correspondía, entre la nobleza menor, los parlamentarios de rostro adusto y los sacerdotes que gimoteaban como se esperaba de ellos. Desde entonces, Oramen había estado intentando pensar en algo adecuado. ¿Pero qué se suponía que tenía que decir, o hacer?

El príncipe miró a los varios y resplandecientes nobles que lo rodeaban, todos los cuales, a juzgar por sus graves asentimientos y murmullos casi exagerados, parecían aprobar con todas sus fuerzas el discurso de Mertis tyl Loesp. Oramen se giró un momento en la silla para mirar a Fanthile (que se había quedado más retrasado todavía entre la masa de nobles menores, sacerdotes y representantes) que le hacía señas, con sacudidas de la cabeza y gestos frenéticos de la mano, para que desmontara.

Y eso hizo el príncipe. A su alrededor ya se había reunido una pequeña multitud de hombres a pie y ciudadanos, era de suponer que procedentes del campo y el pueblo cercano, que llenaban la amplia vía y se empujaban para situarse en las orillas de la carretera. El creciente primeralba que anunciaba el amanecer bajo un cielo de nubes dispersas dibujaba la silueta de varios aldeanos que se habían subido a los árboles cercanos para ver mejor. Oramen seguía sin tener idea de lo que debía decir, aunque de repente pensó el magnífico tema para un cuadro que sería aquella escena. Oramen cogió a Tyl Loesp de la mano y le indicó que se levantara.

—Gracias por todo lo que habéis dicho y hecho, mi querido Tyl Loesp —le dijo al caballero. El príncipe era muy consciente del contraste que había entre los dos: él, el delgado príncipe que apenas había dejado atrás las ropas de la infancia y vestido bajo la capa apartada como si estuviera a punto de irse a la cama, y el otro, el poderoso guerrero conquistador, todavía con su armadura de batalla (salpicada aquí y allá por las señales de la guerra), un hombre que le triplicaba la edad y apenas más joven o menos impresionante que el recién fallecido rey.

Jadeante, con la mirada severa y todavía con el olor a sangre y humo pegado al cuerpo, luciendo todas las señales del combate mortal y un dolor insopportable, Tyl Loesp destacaba sobre el joven príncipe como una torre. El drama de la escena no le pasaba desapercibido a Oramen. Ese sí que sería un gran cuadro, pensó, sobre todo pintado por uno de los viejos maestros, digamos Dilucherre o Sordic. Quizá incluso Omoulldeo. Y casi en ese mismo instante Oramen supo lo que iba a hacer: iba a robar.

No de un cuadro, por supuesto, sino de una obra de teatro. Había suficientes tragedias antiguas con escenas parecidas y discursos adecuados para recibir a una docena de padres muertos y unos cuantos más esforzados combatientes. El surtido era más abrumador que el momento que debía aliviar. Oramen recordaría, elegiría, editaría, uniría e improvisaría lo que hiciera falta para salvar la situación.

—Este es en verdad nuestro día más triste —dijo Oramen levantando primero la voz y después la cabeza—. Si alguna de vuestras energías pudiera devolvernos a nuestro padre, sé que las dedicaríais a esa causa sin escatimar ninguna. Ese vigor se consagrará en su lugar a defender los intereses de todo nuestro pueblo. Nos traéis dolor y alegría al mismo tiempo, mi buen Tyl Loesp, pero a pesar de toda la aflicción que sentimos ahora y a pesar de todo el tiempo que desde ahora debemos dedicar, como es de justicia, a llorar a nuestro incomparable caído, la satisfacción de esta gran victoria seguirá brillando en todo su esplendor cuando se hayan observado los ritos debidos; no me cabe duda de que mi padre así lo habría querido.

»La suma de su más que gloriosa vida ya era causa de una celebración ferviente mucho antes del gran triunfo de este día y el peso del resultado se ha hecho incluso más majestuoso gracias a las hazañas de todos los que lucharon por él ante la torre Xiliskine. —En ese momento Oramen miró por un momento a su alrededor, a las personas allí reunidas, e intentó alzar todavía un poco más la voz—. Mi padre se llevó a un hijo a la guerra en este día y dejó otro, yo, en casa. He perdido a ambos, padre y hermano, así como a mi rey y su querido y legítimo heredero. Me eclipsan en la muerte como hicieron en vida y Mertis tyl Loesp, aunque no carece de responsabilidades añadidas, debe ocupar su lugar en mi nombre. Y debo deciros que no se me ocurre nadie más adecuado para cumplir tamaña tarea. —Oramen señaló con un gesto al guerrero de rostro lúgubre que tenía delante, después respiró hondo y siguió dirigiéndose a la multitud reunida—: Sé que no soy quién para compartir la gloria de este día (creo que mis hombros juveniles se quebrarían bajo solo una pequeña parte de tal carga) pero me siento orgulloso de unirme a todo el pueblo de Sarl para celebrar y honrar las grandes hazañas realizadas y presentar todos mis respetos al que nos enseñó a celebrar, nos alentó a honrar y ejemplificó el respeto para todos.

Eso provocó vítores que se alzaron sin orden ni concierto y después con fuerza creciente en las gargantas de la congregación de súbditos reunidos a su alrededor. Oramen oyó escudos sacudidos por espadas, puños embutidos en cotas de malla que golpeaban petos de armaduras y, como un comentario moderno sobre semejante florida antigüedad, el crujido seco de varias armas de fuego ligeras, salvas disparadas al aire como una lluvia de granizo al revés.

Mertis tyl Loesp, que había mantenido una expresión pétrea durante toda la respuesta de Oramen, pareció sorprendido (incluso alarmado) por un breve instante

al final de la elocución, pero tan fugaz impresión (que podría con toda facilidad haber sido provocada por la luz incierta que arrojaban los faroles de viaje y el fulgor débil de una estrella menor cuya alba todavía no había llegado) fue casi tan efímera que apenas si se pudo captar y por tanto era fácilmente desecharle.

—¿Me permitís ver a mi padre, señor? —preguntó Oramen. Notó que el corazón le latía con fuerza y le faltaba el aliento; con todo, hizo lo que pudo por mantener un porte sereno y digno, como supuso que se esperaba de él. No obstante, si alguien esperaba que gimiera, chillara y se tirara de los pelos cuando viera el cuerpo, su improvisado público iba a quedar decepcionado.

—Está aquí, señor —dijo Tyl Loesp indicando el largo carroaje que tenía a su espalda y del que tiraban unos hefters.

Se acercaron al carroaje, y la multitud de hombres, la mayor parte armados y muchos de ellos con expresiones de gran aflicción, se apartaron para dejarles paso. Oramen vio la forma alta y enjuta del general Werreber, el que solo la noche anterior les había informado en el palacio sobre la batalla, y al eminente Chasque, el sumo sacerdote. Ambos lo saludaron con un gesto de la cabeza. Werreber parecía viejo, cansado y de algún modo (a pesar de su altura) encogido dentro del arrugado uniforme. El general asintió y después bajó la mirada. Chasque, resplandeciente con unas suntuosas vestiduras encima de una reluciente armadura, esbozaba esa especie de semisonrisa alentadora y tensa que esboza a veces la gente cuando quiere decirte que seas valiente o fuerte.

Treparon a la tarima donde yacía el padre de Oramen. Acompañaban el cuerpo un par de sacerdotes con las vestiduras rasgadas como requería la ocasión, e iluminaba la escena desde arriba una única lámpara de viaje que siseaba y chisporroteaba y arrojaba una luz blanca y cáustica sobre las andas. El rostro de su padre tenía un aspecto ceniciente, inmóvil y un tanto demacrado, como si estuviera reflexionando (los ojos cerrados, la mandíbula rígida) sobre algún problema abrumador. Una sábana plateada y bordada con hilo de oro cubría el cuerpo del cuello para abajo.

Oramen se quedó mirándolo un rato.

—En vida —dijo al fin— fue su elección que los hechos hablaran por él. En la muerte, debo permanecer tan mudo como todas las empresas que no llegó a realizar. —Después le dio unas palmadas a Tyl Loesp en el brazo—. Me sentaré aquí, con él, mientras regresamos a la ciudad. —El príncipe miró tras el armón. En la parte posterior habían atado un mersicor, un gran caballo de guerra, sin armadura aunque con todas las galas del soberano y con la silla vacía—. ¿Es ese...? —empezó a decir, después carraspeó con un alarde—. Esa es la montura de mi padre —dijo al fin.

—Así es —le confirmó Tyl Loesp.

—¿Y el de mi hermano?

—No se ha hallado, señor.

—Que aten mi montura también a la parte trasera del carroaje, tras la de mi padre.

Fue a sentarse a la cabecera de su padre y después, al imaginarse la cara de Fanthile, pensó que quizás eso no se considerara muy apropiado y se colocó a los pies de las andas.

Se quedó allí sentado, en el borde posterior del carroaje, con las piernas cruzadas y la mirada baja mientras los dos mersicor trotaban justo detrás con el aliento

humeando entre las brumas crecientes del aire. Toda aquella columna conjunta de hombres, animales y carretas hizo el resto del viaje hasta la ciudad en un silencio roto solo por el crujido de ruedas y ejes, el chasquido de un látigo y el bufido y el ruido de los cascos de los animales. Las brumas matinales ocultaron la estrella naciente del nuevo día casi hasta que llegaron a las murallas de la propia Pourl y después se fueron abriendo poco a poco para convertirse en un cielo encapotado que ocultaba la parte alta de la ciudad y el palacio.

En los accesos a la Puerta de Polo Cercano, donde había surgido desde el nacimiento de Oramen un conglomerado de pequeñas fábricas y lo que a todos los efectos era un pueblo nuevo, el sol temporal brilló solo durante un breve espacio de tiempo y después desapareció de nuevo tras las nubes.